www.elboomeran.com

George Orwell: vida, obra, tiempo

YURI FELSHTINSKY

Traducción de Jorge Ferrer

EDICIONES DEUSTO

www.elboomeran.com

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Yuri Felshtinsky, 2024

© de la traducción, Jorge Ferrer, 2024

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2024
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: noviembre de 2024
Depósito legal: B. 17.982-2024
ISBN: 978-84-234-3816-7
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

www.elboomeran.com

Sumario

Introducción 9

1. Origen y juventud de Eric Arthur Blair 23
2. Un policía colonial 69
3. El regreso 87
4. El traslado a Francia 103
5. El regreso a Inglaterra 117
6. La vida cotidiana y la rutina del escritor 139
7. Eileen y el viaje a las regiones obreras 187
8. El libro sobre Wigan Pier y no sólo sobre eso 201
9. España 219
10. Del pacifismo antes de la guerra al patriotismo durante la Segunda Guerra Mundial 281
11. Adelantándose a su tiempo 359
12. La última novela 433

Epílogo. La «lista negra» de George Orwell 473
Conclusión 479
Cronología de la vida y la obra de George Orwell 483
Bibliografía selecta 489

www.elboomeran.com

1

Origen y juventud de Eric Arthur Blair

La familia y la primera infancia

El activista social británico, periodista de opinión y escritor en ciernes George Orwell no existió hasta 1934. El hombre que a mediados de la década de 1930 ganó celebridad y fue recibido con benevolencia, odio o indiferencia por aquellos que se cruzaron con él en sus más diversos avatares se llamaba Eric Arthur Blair. El segundo de sus nombres únicamente se utilizó en los documentos oficiales. También nosotros lo llamaremos sólo por el primero de ellos: Eric.

Eric nació el 25 de junio de 1903 en la periferia del Imperio británico. No lo hizo en un lugar cualquiera, sino en el rincón del Imperio que los defensores del «imperialismo» consideraban la joya de la corona. Desde luego, aquí por «imperialismo» no nos referimos a la concepción leninista del término como «última fase del capitalismo», sino en el sentido de la necesidad que tenía el Reino Unido de preservar su dominio inmutable sobre las naciones subdesarrolladas de Asia, África y Oceanía, por mucho que ese dominio fuera cada vez más civilizado. La «joya» en cuestión era, como es sabido, la India, donde trabajaba Richard Blair, un funcionario de nivel medio que sería el padre del futuro Orwell.

Richard era uno de los diez hijos de un párroco de la población de Milborne, en el condado de Dorset. En el pasado, en el siglo XVIII, la

www.elboomeran.com

familia Blair estuvo vinculada a la aristocracia; el bisabuelo de Richard se casó con la hija del conde de Westmoreland y poseía tierras en Jamaica. Sin embargo, con el tiempo, los ingresos de la familia disminuyeron, y el clérigo Blair llevó una vida modesta en su parroquia casi rural. Richard tenía apenas diez años cuando su padre murió y le dejó una herencia insignificante.

A los dieciocho años, en 1875, Richard debía comenzar una vida independiente. Por lo visto, era un joven fuerte y robusto, tenía perspicacia y sabía comportarse y prosperar en sociedad. Todo ello le permitió encontrar un buen empleo en la periferia del imperio colonial. Después de numerosas pruebas para acreditar su desarrollo intelectual, sus aptitudes físicas y estado de salud, así como su lealtad al trono, Richard fue admitido en el Servicio Civil de la India, donde a fines del siglo XIX trabajaban poco más de mil personas. Los funcionarios del Servicio Civil constituían una especie de capa superior de la Administración colonial, a la que estaban subordinados la policía, el servicio de ingenieros civiles, la administración de protección forestal y otras subdivisiones administrativas, de modo que en realidad el número de británicos que trabajaban para la corona en la India era muy superior.

Richard ocupaba un puesto administrativo de nivel medio en la sucursal periférica del Departamento de Opio en la ciudad de Motihari, provincia de Bengala. Comenzó desde el escalafón burocrático más bajo, «asistente de subagente de opio de tercer grado», y no progresó mucho hasta su jubilación, pues apenas pasó del tercer grado al primero, sin abandonar nunca el rango de «asistente de subagente».

Mucha agua ha corrido desde entonces. Y esa agua se llevó consigo la concepción del comercio de opio como una actividad normal, e incluso respetable. A finales del siglo XIX y principios del XX, el opio se consideraba un analgésico eficaz y se utilizaba mucho en la práctica médica. Su importación a Europa desde países de Oriente, y sobre todo a otros países de esa misma región, era un negocio muy lucrativo. Los portugueses comenzaron a comerciar con opio desde el XVI y un siglo después los británicos se involucraron activamente en el negocio.

El principal proveedor de esta sustancia, cuyo uso fue rebasando poco a poco el ámbito medicinal y comenzó a utilizarse también como fuente de placer, era la región de Bengala. En 1773, el gobernador general de Bengala estableció el monopolio de la Compañía de las Indias Orientales en el comercio de este producto. Catorce años después, la compañía logró prohibir el consumo de opio en la propia India, bajo el pretexto de que era dañino. A partir de entonces, su ex-

www.elboomeran.com

portación, mucho más lucrativa, se disparó a una escala cada vez mayor. El opio se vendía principalmente a China. En 1875, cuando Richard comenzó a trabajar en el Departamento de Opio, la producción de la droga en Bengala era de alrededor de 4.000 toneladas, y casi toda iba al enorme país vecino, generando unos beneficios de 6,5 millones de libras esterlinas al año, lo cual suponía alrededor de una sexta parte de todos los ingresos del tesoro imperial obtenidos de la India. En las élites británicas se decía que, tanto en términos económicos como políticos, la India era adicta a las drogas.[37] Por lo tanto, el padre del futuro periodista y escritor no se dedicaba a ningún oficio inadecuado, sino que era un miembro completamente respetable del círculo que se consideraba base de apoyo de la Administración británica en la India. El propio Eric escribió más tarde que provenía de la clase media baja.[38]

El trabajo de Richard Blair distaba de ser fácil. Como funcionario de rango inferior, pasaba al menos la mitad del año visitando cultivos de adormidera en los lugares más remotos. Supervisaba el cumplimiento de las normas agronómicas, determinaba la pertinencia de conceder préstamos a aquellos propietarios de tierras que tenían contratos para cultivar la droga, calculaba el volumen de producción, se aseguraba de que toda la cosecha se vendiera a las autoridades al precio del contrato, etcétera. Durante sus viajes, vivía en tiendas de campaña, a veces en modestas casas de campo sucias, y estaba expuesto a los insectos, las lluvias tropicales y el calor sofocante.

Durante más de veinte años, Richard desempeñó el servicio sin formar una familia, satisfaciendo sus deseos sexuales mediante relaciones esporádicas que mantenía con jóvenes indias, a menudo visitando burdeles, que podían encontrarse en casi todas las calles de las grandes ciudades. En 1896, poco antes de cumplir los treinta y nueve años, Richard conoció a una hermosa joven a la que propuso matrimonio. Lo más probable es que la propuesta se aceptara por necesidad: la chica, que trabajaba como institutriz con familias ricas de administradores coloniales, había estado comprometida con otro hombre, pero él la había abandonado inesperadamente, y con el fin de salvar la cara y evitar convertirse en tema de conversación, ella se casó a toda prisa con su nuevo pretendiente.

37. Lewis, P., *George Orwell: The Road to 1984*, Harcourt Brace, Estados Unidos, 1981, p. 115.

38. Véase, por ejemplo, Orwell, G., *The Collected Essays, Journalism and Letters*, *op. cit.*, vol. 4, pp. 445-446.

www.elboomeran.com

La joven se llamaba Ida Mabel Limouzin. Era hija de una inglesa y un francés, quien durante muchos años se dedicó al comercio y la construcción de barcos en la vecina Birmania (tanto en la vida ordinaria como en la dimensión administrativa, ambas colonias a menudo se consideraban como un todo). Ida era dieciocho años menor que Richard. Nació en 1875 en un suburbio de Londres, pero a una edad temprana se fue al extranjero con sus padres.

Al principio, los negocios del padre de Ida iban bien. Una de sus hermanas (en total, eran nueve hermanas y hermanos en la familia) contaba con cierta jactancia muchos años después que en Birmania la familia llevaba un «estilo de vida principesco» y que, durante algún tiempo, había treinta sirvientes en la casa. Sin embargo, el padre tenía un temperamento aventurero, se entregó a diversas especulaciones y perdió casi toda su fortuna. La madre de Ida, Theresa, vivió en Birmania hasta una edad avanzada, sin querer regresar a su tierra natal. A principios de la década de 1920, cuando Eric apareció en Birmania como agente de policía británico, visitaba a su abuela ocasionalmente, aunque sin mucho interés, y no dejó testimonios detallados de estos encuentros en sus diarios y obras.

Eric fue el segundo hijo de la familia. Cuando nació, su padre tenía cuarenta y seis años y su madre veintiocho. Su hermana mayor, Marjorie Francis, tenía cinco años, y cinco años después nació su hermana menor, Avril. El 30 de octubre de 1903, Richard Blair, empleado en el Departamento de Opio, y su esposa Ida recibieron un certificado de que ese día se había llevado a cabo el bautismo de su hijo, a quien se le había dado el nombre de Eric-Arthur.[39]

En las partes de la India donde vivía la familia, que a veces cambiaba de lugar debido a la naturaleza del trabajo de Richard, Ida dejó una impresión muy favorable entre los súbditos británicos con los que se relacionó. Creaba condiciones hogareñas cómodas en los bungalós modestos en los que vivía la familia, aunque no se preocupaba mucho por los gustos y deseos de su marido, a quien miraba por encima del hombro. Si alguna vez los hubo, los sentimientos iniciales que unieron a la pareja no tardaron en enfriarse. Los cónyuges dormían en habitaciones separadas, aunque Ida conservó siempre su lealtad y jamás abandonó su responsabilidad como ama de casa ni sus sentimientos maternales. Uno de los parientes de Richard se compadeció de él en una ocasión diciendo: «Pobre del viejo Dick, si alguna vez escuchó algo

39. George Orwell Archive, J/4.

www.elboomeran.com

[de parte de su esposa] durante una partida de cartas fue "Dick, acaba con el póquer de una vez"».[40]

La penúltima casa donde vivieron los Blair estaba en la localidad de Motihari, en la frontera con Nepal, más de seiscientos kilómetros al noroeste de Calcuta. Era uno de los confines más remotos del Imperio, y sólo un pequeño ramal ferroviario provisto de una estación diminuta lo conectaba con el centro de la India. Había allí, no obstante, una misión protestante muy activa. Motihari también era el centro de una vasta región de plantaciones de amapola, por lo que Richard tenía mucho trabajo. Fue allí donde nació Eric.

Al cabo de un año, su padre fue trasladado a Monghyr, una ciudad un poco más grande en la ribera sur del Ganges. Era un antiguo fuerte con una población de 57.000 personas, de las cuales, de acuerdo al diccionario enciclopédico de Brockhaus y Efron, 322 eran cristianos. Es curioso que el diccionario pasara por alto que, al igual que el antiguo lugar de residencia de los Blair, esa ciudad era un centro importante del cultivo de la adormidera.[41]

Richard Blair no tuvo mucho éxito en el servicio colonial. Era un hombre modesto, no hacía la pelota a sus compañeros de trabajo y, aunque cumplía diligentemente sus deberes oficiales, no trataba de destacarse especialmente. Casi todos los años (excepto los últimos años de servicio) era trasladado a un nuevo lugar de trabajo, donde tenía que acostumbrarse al entorno y empezar de nuevo. Los pequeños aumentos de sueldo que recibía apenas compensaban los crecientes costos, especialmente los relacionados con la educación de dos hijos.

Poco a poco, Ida y Richard llegaron a la conclusión de que los niños debían vivir y estudiar en su patria. La mayoría de los funcionarios coloniales británicos acababan con esa misma idea. En algunos casos, se enviaba a los niños a vivir con familiares. Sólo en algunas ocasiones las madres se trasladaban a Gran Bretaña con sus hijos. Ida eligió el segundo camino, mostrando así más preocupación por sus hijos que por su esposo. En 1904, cuando Eric tenía sólo un año, Ida regresó a su país de origen acompañada de sus dos hijos. Se suponía que el cabeza de familia los seguiría pronto.

Es difícil decir cuáles fueron los motivos por los que Richard decidió inicialmente renunciar a la «perla» colonial. Lo más probable es que

40. La anécdota se la contaron a Orwell algunos de sus familiares y él la recogió en un artículo: Orwell, G., «Poet in Darkness», *The Observer*, 31 de diciembre de 1944.

41. Brockhaus, F. A.; y Efron, I. A., *Entsiklopedícheski slovar*, Imprenta de I. A. Efron, Rusia, 1896, vol. X, p. 734.

www.elboomeran.com

simplemente estuviera cansado de servir en un país atrasado con una minúscula casta superior y una población miserable de millones de personas, un clima extraño para los británicos y una gran cantidad de insectos dañinos que causaban enfermedades graves. Todo parece indicar que estaba pensando en dar a sus hijos, y especialmente a su único hijo varón, una educación decente. Sin embargo, bastaron unos meses para que el cabeza de familia cambiara de opinión. Finalmente, se quedó en el subcontinente, que ya le resultaba muy familiar, para completar los siete años de servicio que le restaban hasta la pensión de jubilación.

Ida y los niños se instalaron en Henley-on-Thames, en el condado de Oxfordshire, en el sureste de Inglaterra. La población era pequeña, en ella sólo vivían unos pocos miles de personas (casi un siglo después, en 2001, contaba con 10.646 habitantes), pero era uno de los asentamientos más antiguos de Inglaterra, cuya historia se remonta al siglo XII: la primera mención de un asentamiento llamado Henley-on-Thames en este lugar data de las crónicas del rey Enrique II Plantagenet en 1179. Poco cambió allí durante los siguientes más de siete siglos, salvo que en 1790 se construyó la primera prisión.

En el verano de 1907, Richard recibió tres meses de permiso, que pasó con su familia, y fue poco después de esta visita cuando nació la hermana menor de Eric. Al regresar a la India, Richard fue ascendido por segunda vez: de subagente de opio de segunda clase pasó a ser subagente de opio de primera clase y obtuvo un pequeño aumento de sueldo. Fue en tal condición como sirvió a la Corona hasta el final de su contrato, cuando le correspondió el cobro de una pensión.

A principios de 1912, Richard Blair finalizó definitivamente su trabajo en el servicio colonial y, con una asignación de más de 400 libras esterlinas al año, que permitía una existencia relativamente cómoda pero en modo alguno lujosa, se reunió con su familia. De acuerdo con Richard, Ida decidió separarse de Eric, que tenía entonces ocho años, y enviarlo, como era costumbre en familias inglesas de clase alta e incluso media, a una escuela privada en régimen de internado.

Los padres de Eric no prestaron especial atención a su educación ni antes de enviarlo al internado, ni tampoco después. A su regreso a casa, Richard se obsesionó con la jardinería, pasaba días enteros en su parcela, donde incluso intentó cultivar árboles exóticos de los que se trajo esquejes de la India. También jugaba al golf, que ocupaba el segundo lugar en la lista de sus tareas cotidianas, y al póquer. Tanto los niños como su esposa quedaron relegados en el plano de sus intereses. También la madre, que en la primera infancia de Eric había sido cuidadosa

www.elboomeran.com

y atenta, perdió gradualmente el interés en la educación del niño. Le tocaba llevar la casa por sí sola al carecer de la posibilidad de mantener sirvientes permanentes. Tan sólo para hacer una limpieza general o si iban a recibir visitas especiales se podían permitir contratar personal de servicio que ayudara en las tareas domésticas.

No obstante, Ida encontraba tiempo para la vida social. Le encantaba pasar horas hablando con las damas del vecindario, discutiendo con ellas las novedades mundiales y británicas, y, muy especialmente, los cotilleos locales. Se interesó por el deporte, jugó al golf y al tenis e incluso se desplazó a Wimbledon, en las afueras de Londres, para ver con sus propios ojos el famoso torneo que se celebraba allí cada año durante dos semanas desde 1877.

En el diario de Ida hay muchas entradas sobre acontecimientos deportivos, pero apenas se menciona a los niños (como, por cierto, tampoco se menciona a su esposo).[42] Las entradas sobre los niños sólo refieren emergencias: cuando uno de ellos enfermaba o sufría una caída que requería asistencia médica urgente. En estos casos, Ida interrumpía sus actividades de ocio y tomaba las medidas necesarias. En el diario, por ejemplo, se puede leer en detalle que Ida se lo estaba pasando de maravilla en Londres, asistiendo a partidos de tenis o a sesiones de cine, que eran una novedad en aquel entonces, pero al recibir un telegrama informando de que Eric tenía fiebre alta, volvía a casa sin demora.[43]

Eric pasaba bastante tiempo con su hermana mayor. No obstante, ella pronto comenzó a salir con chicos, de modo que la presencia de su hermano menor se fue convirtiendo en una carga. Humphrey Dakin, pretendiente de Marjorie, y más adelante su esposo, consideraba que el hermano de su novia, entonces casi una niña, era alguien demasiado sensible y débil. Le irritaba que el niño llorara a menudo, porque, como se lamentaba, «nadie lo quería».[44]

Eric Blair recordaba la familia numerosa de un cerrajero que vivía en las afueras del pueblo. Sus hijos lo aceptaron en su grupo, y juntos se entretenían trepando árboles, destrozando nidos de pájaros o pescando en el lago cercano. Los niños de las afueras miraban al niño de la ciudad por encima del hombro. Veían en él a un niño mimado y, cuando

42. Wadhams, S. (ed.), *Remembering Orwell*, Penguin Books, Canadá, 1984, p. 43.

43. El original del diario de Ida Blair se encuentra en poder de los herederos de su hija mayor, quienes viven en Jamaica. La Fundación George Orwell posee una fotocopia (George Orwell Archive, L/2).

44. Entrevista a Ian Angus, conservador del archivo de George Orwell en el University College de Londres, en Shelden, M., *Orwell: The Authorised Biography*, *op. cit.*, p. 23.

www.elboomeran.com

jugaban en el lago, lo relegaban al lugar más incómodo. Y, sin embargo, el mero hecho de interactuar con niños más experimentados que, a diferencia de Humphrey, no lo despreciaban, hacía que él se sintiera feliz.

Como recordaba Blair, los entretenimientos se volvieron cada vez menos inocentes con el tiempo. Lejos de la supervisión de los adultos, los niños comenzaron a «jugar» en un primer momento a médicos y enfermos, y, luego, a maridos y mujeres. Al hacerlo, Eric descubrió, primero con la vista y luego con el tacto, las diferencias físicas entre niños y niñas. Los niños mayores le explicaron con claridad lo que hacían los adultos en la cama: el cerrajero mantenía relaciones sexuales con su esposa delante de los niños. Pero el intento que hicieron Eric, entonces de siete años, y su amiga apenas algo mayor de pasar de explorar las partes íntimas del cuerpo de cada uno a juntarlas no funcionó: todavía eran demasiado pequeños.[45]

Sin embargo, después de algún tiempo, Ida prohibió a Eric que viera a los hijos del cerrajero. Le explicó con un tono donde el esnobismo clamaba al cielo la diferencia entre el estatus social del que gozaban unos y otros: él no debería relacionarse con plebeyos. Y aunque el niño obedeció sin rechistar las instrucciones de su madre, la «vida libre» de los niños de la clase trabajadora permaneció en su memoria como una forma de pasar el tiempo que resultaba a la vez misteriosa y tentadora; en todo caso era una vida mucho más atractiva que su propia infancia dominada por la soledad y el tedio. Los días pasados con estos niños permanecieron en su memoria durante toda su vida adulta y encontraron eco en el deseo de sumergirse en el mundo de la gente común que más tarde afloró en sus novelas y libros (así como en muchos de sus artículos) con una compasión no exenta de cierta ironía. Así pues, el relato que hizo Avril sobre los contactos infantiles de su hermano mayor parece creíble.

Mientras tanto, la comunicación de Eric con sus padres era prácticamente inexistente: así fue durante su infancia y su adolescencia, y así continuó siendo. No obstante, Richard Blair se consideró con derecho a interferir en los asuntos de su hijo durante toda su vida. Condenó resueltamente sus «actividades de escritura», considerándolas una pérdida de tiempo. Pero lo que más indignó al padre fue el hecho de que el hijo rechazó su nombre de nacimiento y adoptó un seudónimo. Y sólo

45. Orwell relató esas aventuras inocentes a su hermana Avril mucho después, y ésta las confió a Ian Angus, el conservador del archivo: George Orwell Archive, S/44. Angus, I., *Notes on Conversations with Avril Dunn*, 16-19 de abril de 1964.

www.elboomeran.com

antes de su muerte en 1939, Richard finalmente aceptó que su hijo no era Blair, sino Orwell. Ya no había nada que hacer, porque Orwell se había convertido en un escritor famoso.

Ida, hay que admitirlo, no se veía agobiada por la falta de atención de su esposo. Todavía prefería llevar un estilo de vida independiente y, durante las breves horas que pasaba con Richard, solía encomendarle tareas domésticas y supervisar su correcta ejecución. Por esta razón, los vecinos a menudo expresaban su compasión por «el viejo Dick», especialmente cuando su esposa interrumpía sus partidas de cartas, como solía ocurrir en la India.[46]

Además, con los años Ida desarrolló una especie de aversión hacia los hombres en general. Eric recordaba que su madre, sin prestar atención a la presencia del niño, discutía animadamente con sus amigas sobre lo poco atractivos que eran todos los hombres, y destacaba, sobre todo, el desagrado físico que le provocaban. Al niño le daba la impresión de que las mujeres en general no amaban a los hombres, que les recordaban a animales grandes, repugnantes y malolientes, y que los hombres trataban muy mal a sus esposas y buscaban la atención de jóvenes solteras «por la fuerza».[47]

Resulta natural que un niño fuera incapaz de captar todas las contradicciones, inconsistencias y sesgos de tales juicios. No obstante, Eric retuvo por mucho tiempo la idea de que hombres y mujeres pertenecen a «especies» de seres completamente diferentes, y que las relaciones entre ellos son, en general, hostiles, a pesar de los juegos físicos que los niños mayores le habían descubierto. Advertido de que pertenecía a la «especie» masculina, «inferior», Eric temía convertirse en un monstruo repugnante, tal como su madre y sus amigas veían a los hombres. De ahí que empezara a sentirse avergonzado de las niñas, se mostrara reservado con sus hermanas y renunciara a compartir sus pensamientos y sentimientos con ellas.

A medida que los niños crecían, Ida les prestaba cada vez menos atención. Siendo ya adulto, Eric no conservaba sentimientos positivos hacia su madre. Creía que su afán de soledad había sido causado precisamente por el hecho de que su madre le prohibiera mantener relaciones con los niños del vecindario, que pertenecían a «familias ordinarias». En gran medida, esa soledad fue la que generó su amor por la lectura y su deseo de contar cosas por escrito. «Creo que, desde el prin-

46. Shelden, M., *Orwell: The Authorised Biography*, *op. cit.*, p. 16.
47. Crick, B., *George Orwell: A Life*, *op. cit.*, pp. 55-56.

www.elboomeran.com

cipio, mis ambiciones literarias estuvieron vinculadas a un sentimiento de aislamiento y baja estima. Era consciente de que dominaba las palabras y contaba con la suficiente fuerza de voluntad para afrontar hechos desagradables, y sentía que esto creaba un mundo personal en el que podía recuperar lo que perdía en el mundo de la vida cotidiana», recordaría Orwell más adelante.

Antes de ingresar en la escuela, y también después, Eric era un niño tímido e introvertido. Alejado de los hijos del cerrajero, a veces jugaba con otros niños del vecindario, pero prefería vagar a solas. Incluso, según sus propias palabras, «adquirió cierto aire que durante todos sus años escolares repelía» a sus compañeros.

Eric estudiaba con gran interés la naturaleza que lo rodeaba, le encantaba observar el comportamiento de los animales: gatos, perros, conejos.[48] Dondequiera que viviera, siempre tenía algunos animales y, si bien éstos se criaban con fines económicos o de consumo, observar su comportamiento en el hogar y estudiar la vida silvestre en su hábitat natural fue algo que Eric cultivó a lo largo de toda su vida.

Eric aprendió a leer muy pronto. Poco antes de su octavo cumpleaños, encontró un ejemplar desgastado con una versión resumida y adaptada para niños de *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift. En realidad, el libro estaba destinado a ser un regalo de cumpleaños para Eric, y su madre, siempre tan economizadora, había decidido ahorrarse la compra de una edición nueva. En todo caso, el volumen terminó en las manos de Eric antes de lo previsto.

Al abrir el libro, el niño quedó fascinado desde la primera línea, y cuando llegó la noche, tardó mucho en quedarse dormido, especulando sobre lo que le aguardaba al protagonista. Swift se convirtió en el escritor favorito del pequeño Eric, como también lo fue más tarde del Orwell adulto. De modo que Gulliver lo acompañó a lo largo de su vida. En 1942, Orwell, ya un escritor reconocido, afirmó con orgullo en una de sus transmisiones en la BBC: «[Gulliver] ha vivido conmigo desde entonces, así que supongo que nunca ha pasado un año sin que yo volviera a leer al menos una parte de ese libro».[49] Algo similar escribirá en una serie de sus artículos y reseñas, donde, en particular, se lamentó de que tan pocas personas hubieran leído *Los viajes de Gulliver*.[50]

Eric no tardó en sentir amor por la poesía. Le gustaba la musicali-

48. Ibídem, pp. 54, 594.
49. George Orwell Archive, I. BBC Eastern Service, 2 de noviembre de 1942.
50. Orwell, G., *The Collected Essays, Journalism and Letters*, *op. cit.*, vol. 3, p. 179 y ss.

www.elboomeran.com

dad de los poemas, las rimas y los ritmos, especialmente cuando estaban inextricablemente vinculados con un contenido elevado. Los poemas de la colección *Canciones de inocencia* del poeta inglés de finales del siglo XVIII y principios del XIX William Blake se le quedaron especialmente grabados. El poema «El prado resonante» de esta colección publicada en 1789 se convirtió para Eric en un símbolo de la alegría futura que, como anhelaba en sus años escolares, algún día reemplazaría a un presente poco halagüeño. Solía repetir algunos versos de este poema:

Así eran las alegrías
cuando todos, niñas y niños,
pasábamos nuestra infancia
en el prado resonante.

En un contexto puramente satírico y burlesco, Orwell usó muchos años después el primer verso de ese poema (*Such, Such were the Joys*) para titular un relato de las agonías, pues superaron a las alegrías, que Eric conoció en el internado de St. Cyprian, donde pronto sería enviado a estudiar.

Eric no sólo se sintió atraído por los poemas de poetas célebres que se habían granjeado la fama y el amor de adultos y niños. A la edad de cinco años, escribió sus propias composiciones poéticas, que llegaron a deleitar a su madre, habitualmente muy reservada. No obstante, Ida no se preocupó por conservar aquellos «poemas», que desde luego consideraba un mero juego de niños. Eric sólo recordaba el tema de uno de ellos, en el que describía a un tigre enorme con dientes del tamaño de una silla. Su madre anotó el poema que su hijo le dictó, pues aún no sabía escribir, pero lo perdió poco después.

Muchos años más tarde, Orwell admitió que sus versos sobre el «tigre» habían sido un plagio descarado: antes había leído el poema «El tigre» de William Blake. Estaba siendo demasiado duro consigo mismo. A los cinco años de edad todo poema es, inevitablemente, una imitación, y el mero hecho de intentarlo fue un claro indicio de su vocación. Orwell recordaría más tarde: «Desde muy pequeño, quizá desde que tenía cinco o seis años, supe que de mayor sería escritor. Entre los diecisiete y los veinticuatro años traté de abandonar la idea, pero lo hacía consciente de que estaba contraviniendo mi auténtica naturaleza y de que tarde o temprano tendría que sentar la cabeza y escribir libros».[51]

51. «Why I Write», art. cit.

www.elboomeran.com

La escuela de St. Cyprian

El futuro de Eric se decidió gracias a los consejos de algunos conocidos de la India. Se eligió la escuela de St. Cyprian en el condado de Sussex, en un enclave pintoresco a orillas del canal de la Mancha. La principal razón para elegir esta institución educativa en particular fue que se trataba de una «escuela pública preparatoria» que constituía un buen trampolín para luego ingresar en una de las escuelas secundarias más prestigiosas, aquellas que se enorgullecían de sus célebres alumnos. Entre estas últimas destacaban Eton, Harrow y otras instituciones educativas con la más alta reputación. La mera mención de que alguien se había graduado en Eton o Harrow facilitaba el ascenso profesional tanto en la política como en el servicio público, cuando no abría las puertas de una carrera de par en par.

St. Cyprian, en opinión de muchos, era una «escuela correcta», que proporcionaba una preparación sólida para el desarrollo de la carrera profesional de sus alumnos. Esto, desde luego, interesó mucho a los progenitores de Eric, que soñaban con que su único hijo llegara más lejos que su padre, y a ser posible, teniendo en cuenta sus dotes naturales, lograra ocupar un lugar destacado en la Administración. El funcionario del Departamento de Opio, a punto de acceder a la jubilación, y su esposa consideraban todas las demás formas de trabajo, incluida la empresa privada, ocupaciones de rango inferior a la participación directa en la Administración del Estado.

Había, no obstante, un serio obstáculo para esos propósitos, y es que la educación prevista para Eric costaba mucho dinero: 180 libras esterlinas al año, que era más de un tercio de la pensión de 438 libras que recibiría su padre. La matrícula era realmente altísima, teniendo en cuenta que el salario de un funcionario público oscilaba entre las 200 y las 300 libras al año. Al mismo tiempo, el coste hacía que fueran los hijos de padres respetables y ricos quienes estudiaban en la escuela, donde recibían una educación que cumplía con los más altos estándares británicos. Otro elemento a favor de esa elección era que la escuela acogía a apenas un centenar de niños, de modo que en cada clase sólo había entre dieciocho y veinte estudiantes, un número inferior al del resto de las escuelas. La educación duraba cinco o seis años, dependiendo de la capacidad del niño y los deseos de los padres.

Con gran dificultad, pero manteniendo resguardada su propia dignidad, los Blair convencieron a los propietarios de la escuela, el matrimonio Wilkes, para que redujeran la cuota de su retoño a la mitad.

www.elboomeran.com

Aparte de ser los dueños, los Wilkes también llevaban a cabo funciones pedagógicas y administrativas. Cicely Wilkes era la directora y a su esposo Vaughan se lo consideraba el «jefe de estudios», aunque era, básicamente, una especie de celador que castigaba a los niños desobedientes o transgresores. En todo caso, ambos enseñaban a los niños varias asignaturas. Atendiendo a los bajos ingresos de la familia, los méritos de Richard en el servicio colonial y las dotes que se le suponían al estudiante, los Wilkes se mostraron muy condescendientes, algo infrecuente en ellos, y Eric fue aceptado en condiciones favorables, pero con el requisito de que sería, como prometieron sus padres, un estudiante ejemplar que recordaría constantemente la buena acción de la que era beneficiario.

Es difícil juzgar las reglas de St. Cyprian, aunque a ellas dedicó unas páginas el escritor y crítico literario Cyril Connolly, compañero de clase y amigo de Eric, en *Enemigos de la promesa*. La primera edición de ese libro se publicó en 1938,[52] y provocó un artículo crítico de Eric, que para entonces ya se había convertido en Orwell y odiaba profundamente esa institución educativa. A Orwell le indignó que su compañero, con quien continuó manteniendo relaciones amistosas y comerciales, dijera que la escuela ofrecía una educación pasable y que, a raíz de una carta de protesta dirigida a él por la misma Cicely Wilkes, admitiera públicamente que «se había pasado de la raya».

En un arrebato de recuerdos y emociones, Orwell escribió un ensayo con el sarcástico título de «Such, Such Were the Joys», utilizando el primer verso del citado poema de Blake. Lo que se discute en él no son precisamente alegrías, sino las penurias padecidas por un niño. Aunque Orwell fechó su texto como «1939-junio de 1948», resulta evidente que lo escribió en 1939. No obstante, en un rapto de sensatez, Orwell, que había retratado sus días escolares en tonos demasiado sombríos e incluso aterradores, se abstuvo de enviar el ensayo a la imprenta y lo guardó en un cajón de su escritorio. Lo cierto es que, siendo ya un escritor y periodista conocido, podría haber publicado esas páginas en cualquier revista, sobre todo por su contenido sensacionalista. Finalmente, fue la viuda de Orwell, Sonia, la que sacó a la luz esos recuerdos en Estados Unidos, tres años después de la muerte de su autor, y con los nombres de los responsables de la escuela y la ubicación de ésta cambiados.[53] En Gran Bretaña, el texto no se publicó hasta 1968, en el cuarto volumen de la colección de

52. Connolly, C., *Enemigos de la promesa*, Versal, Barcelona, 1991.

53. Orwell, G., *Such, Such Were the Joys*, Harcourt, Brace, Jovaniovich, Estados Unidos, 1953.

www.elboomeran.com

artículos y cartas del escritor.[54] La pareja Wilkes ya había fallecido para entonces.

La primera publicación estadounidense de este ensayo generó respuestas críticas. Compañeros de escuela, Connolly entre ellos, antiguos maestros y también nuevos investigadores de la obra y la vida de Orwell argumentaron que el autor había tratado injustamente a sus maestros en la escuela primaria. Como prueba de ello remitían a los recuerdos de otros alumnos, a las cartas del propio Eric a sus padres o al hecho de que Eric acabara ingresando en Eton tras su paso por St. Cyprian. Un antiguo profesor de Eric llamado E. Gow, a la sazón profesor en la Universidad de Cambridge, llegó a escribir una carta al *Sunday Times* en la que negaba con vehemencia los «horrores ficticios» descritos por Orwell, y aconsejaba a su viuda que bajo ninguna circunstancia publicara el ensayo en Gran Bretaña.[55]

¿Por qué nos detenemos en detalles sobre lo que parece ser un episodio menor? Hay varias razones para ello. En primer lugar, porque este episodio muestra que, desde una edad temprana, Eric Blair sentía una profunda aversión por todo lo que se le forzaba a hacer, y especialmente por cualquier forma de imposición o violencia física. El mejor ejemplo de esta última eran los castigos corporales y los azotes, que se consideraban una práctica natural en la escuela británica de principios del siglo xx.[56]

En segunda instancia, este ensayo autobiográfico evidencia con claridad que cuando a Blair, o a Orwell, algo le resultaba odioso, no se

54. Orwell, G., *The Collected Essays, Journalism and Letters*, *op. cit.*, vol. 4, pp. 330-369. La editorial de Warburg se proponía publicar el texto en 1951, pero la cautela los movió a enviar el manuscrito a un despacho de abogados para que se estudiaran las posibilidades de que los herederos de las personas sometidas a crítica por Orwell presentaran demandas a la editorial. La conclusión de los letrados no fue muy halagüeña. Oswald Hickson, especialista en ese tipo de cuestiones, escribió: «En el caso de esta obra no resulta posible esconder las identidades en cuestión, puesto que, entre otras razones, la identidad de la escuela queda al descubierto por el mero hecho de ser asociada con el pasado del autor, cuya identidad es manifiesta». Hickson recomendó eliminar fragmentos del texto e introducir algunos cambios en él. Finalmente, esas correcciones ascendieron a unas cuarenta, lo que en la práctica obligó a reescribir el texto. Luego, la editorial se vio obligada a renunciar a la publicación durante cierto tiempo. (George Orwell Archive, M/4/G.)

55. *Sunday Times*, 16 de junio de 1967.

56. Resulta curioso que Winston Churchill, cuyo carácter explosivo y nada contentadizo es bien conocido, nunca se manifestara públicamente en contra de su escuela (St. George School), a pesar de las quejas encendidas sobre su comportamiento que la dirección del centro enviaba a sus padres. Es cierto que Churchill ingresó en la escuela treinta años antes que Orwell, pero las tradiciones conservadoras de la educación británica no cambiaron en todos esos años. Véase Bedarida, F., *Churchill*, Molodaya Gvardia, Rusia, 2012, p. 33.

www.elboomeran.com

contenía, sino que daba rienda suelta a sus emociones, a veces de manera desorbitada. Reconocía, no obstante, que a veces exageraba sus críticas y luego se arrepentía de ello. Tal parece ser el caso del presente texto, que en un primer momento dudó en dar a imprenta y más tarde se negó rotundamente a publicar.

En tercer lugar, vemos que, desde su más tierna infancia, Eric, el futuro George, desarrolló una visión de la realidad nada optimista. Veía la imperfección del mundo donde otros niños sólo veían pequeños inconvenientes e incluso reconoció la dimensión del mal que es inherente a la existencia. No es casualidad que Cyril Connolly llamara al tímido Eric «uno de esos niños que parecen haber nacido viejos».[57] Es posible que este estado de ánimo pesimista, que se manifestó en su infancia, acortara significativamente la vida de Orwell.

Sólo considerando todo esto se puede intentar imaginar la vida de Eric en la escuela St. Cyprian o al menos la percepción de una mente infantil, nerviosa y sensible que magnificaba los problemas y las desgracias. Que sus impresiones de sus años escolares fueron duraderas y negativas se demuestra por el hecho de que, mucho antes de escribir el ensayo «Such, Such Were the Joys», Eric mencionó varias veces la escuela, y siempre en tono negativo. En su primera novela, *Los días de Birmania*, se dice de un personaje que sirve, en cierto modo, como sosias del autor: «De la escuela pasó a un colegio privado barato, de tercera división. Era un lugar pobre y con pretensiones. Imitaba a las grandes instituciones docentes en sus tradiciones de anglicanismo de clase alta, críquet y versos en latín, y hasta tenía un himno titulado *La melé de la vida* en el que aparecía Dios como el Gran Árbitro. Pero carecía de la virtud principal de los grandes colegios privados: su atmósfera de erudición. Los chicos no aprendían casi nada. No había castigos ni golpes de vara que pudieran hacer que los estudiantes se tragaran la pesada y monótona porquería que ordenaban sus horrendos planes de estudio, y los profesores, espantosos y mal pagados, no eran de esos que contagiaban sabiduría sin pretenderlo».[58]

El primero de los daños que la estancia en la escuela le infligió a Eric fue la enuresis provocada por el cambio de ambiente y la vida fuera de su hogar maternal. En todo caso, se trata de algo bastante común en los niños, que la medicina contemporánea considera un fenómeno natural hasta la edad de cuatro o cinco años. Pero en Eric apareció a la

57. Brander, L., *George Orwell*, Longmans, Green and Co., Reino Unido, 1954, p. 4.
58. Orwell, G., *Los días de Birmania*, Debolsillo, Barcelona, cap. V.

www.elboomeran.com

edad de ocho años y no en su hogar, sino en el dormitorio de la residencia escolar que compartía con otros tres niños. Los médicos creen que el estrés emocional y la presión externa pueden ocasionar enuresis en niños en edad escolar y que cualquier cambio relevante en el entorno es capaz de provocarla. Eso fue lo que le sucedió a Eric cuando se vio en un internado con una disciplina estricta, maneras espartanas, profesores severos, humillaciones constantes y castigos físicos.

Eric recibió por primera vez azotes del «propio» esposo de la dueña y directora, precisamente por orinarse en la cama. De hecho, el señor Wilkes lo azotó dos veces seguidas, la segunda después de escuchar que el niño había contado a sus amigos que no le había dolido mucho. Como resulta fácil de imaginar, la segunda tunda fue mucho más cruel. Los castigos físicos no fueron el único motivo de que Eric odiara la escuela, aunque recordaba que esas agresiones rebajaban su dignidad en esa etapa de formación de la personalidad. También le afectó el hecho de que la comida fuera desagradable y escasa (muchos alumnos testificaron que los dueños de la escuela acumularon una buena fortuna al ahorrar en la comida para los niños), la dura disciplina (especialmente el hecho de que por las mañanas se obligaba a los niños a bañarse en un estanque frío, situado junto al patio de la escuela) o la obligación de practicar deportes (a Eric no le gustaba el fútbol ni esa pelota sucia que siempre acababa estampándose en su rostro).

Entre las clases gobernantes y las élites británicas siempre estuvo de moda educar a los niños en un espíritu espartano, enseñándoles a «forjar el carácter» para que pudieran superar las dificultades y los fracasos de la manera más digna, serena y fácil. Esto, que por sí mismo no era un mal principio educativo, a menudo no conducía al fortalecimiento del carácter, sino a resultados opuestos e incluso a enfermedades crónicas graves y trastornos mentales en los niños. Hubo casos de suicidio.

No es descartable que fuera ya en la escuela preparatoria donde Eric, propenso a los males respiratorios, desarrollara la enfermedad pulmonar que acabó llevándolo a la tumba. Precisamente en los primeros años de su estancia en la escuela comenzó a sufrir de bronquitis y de algún tipo de «tos gástrica», una tos producida por el reflujo del contenido estomacal en el esófago. Sin embargo, ni sus padres ni sus tutores le prestaron atención, pensando que todo pasaría por sí solo.

En la escuela, Eric enseguida percibió la diferencia de posición social entre los pobres y los ricos. Siendo un estudiante que vivía «a expensas» de la escuela (en realidad, sus padres pagaron una parte de la matrícula), estaba sujeto a las «instructivas» observaciones de los profesores

www.elboomeran.com

y estudiantes mayores sobre cómo debía demostrar un comportamiento ejemplar, el recordatorio de que se lo educaba por caridad, etcétera. Eric recibía críticas por su ropa inadecuada y porque apenas tenía pertenencias.[59] Además, dado que en casa se mencionó más de una vez que la familia tenía «nobles» raíces aristocráticas, su sentido de agravio era particularmente amargo.

Años después, en el libro *El camino de Wigan Pier*, Orwell dedicó fragmentos a su pasado, y también a su infancia. Allí escribió con amarga ironía sobre los «viejos nobles» que «sabían cazar y montar a caballo, pero no tenían caballos que montar ni un palmo de tierra donde cazar».[60]

En su novela de 1936 *Que no muera la aspidistra*, Orwell se sirve del protagonista Gordon Comstock para evocar sus años escolares, cuando todos los niños eran más ricos que él y sufría «por su actitud arrogante lo que un adulto nunca podría imaginar».[61] En efecto, según los recuerdos de Connolly, a St. Cyprian asistían muchos aristócratas ingleses, así como un príncipe siamés e hijos de millonarios sudafricanos.[62]

Todo ello provocó en Eric un relativo aislamiento y, al mismo tiempo, un rechazo visceral al orden del centro; un orden que el niño acabó aceptando rápidamente, ya que entendió la inutilidad de enfrentarse a él. Así es como George Orwell veía sus años de colegio, es decir, los de su predecesor Eric Blair. Y da igual si otros estudiantes no tuvieron una percepción tan dramática de aquella situación, porque lo relevante aquí es la percepción de nuestro protagonista, puesto que influyó de manera significativa en su actividad pública y en su obra.

Ya en su primer año en St. Cyprian, Eric conoció lo que era la censura y no dejó de odiarla durante toda su vida. No hay nada sorprendente en esto: ¿a quién le gusta ser vigilado por lo que escribe? En la escuela, los estudiantes debían escribir periódicamente cartas a sus padres. Cada carta era leída y corregida por un tutor, lo que era bien sabido. Los niños entendieron enseguida que las cartas debían ser alegres, al menos neutrales y, sobre todo, que no debían quejarse de nada, porque de lo con-

59. Orwell, G., *The Collected Essays, Journalism and Letters*, *op. cit.*, vol. 4, pp. 388-389.

60. Orwell, G., *The Road to Wigan Pier*, Penguin Books, Reino Unido, 1962, p. 125. [Versión en castellano: *El camino de Wigan Pier*, Destino, Barcelona, 1982.]

61. Ibídem, p. 46.

62. Connolly, C., *The Evening Colonnade*, David Bruce and Watson, Reino Unido, 1973, p. 17.

www.elboomeran.com

trario las dificultades serían inevitables. La primera carta de Eric a su madre del 14 de septiembre de 1911 (obviamente, sin ninguna corrección editorial) decía: «Querida madre, espero que estés bien. Gracias por la carta que me enviaste. Todavía no la he leído. Supongo que quieres saber qué tal es la escuela. Está bien, y nos divertimos por las mañanas. Cuando aún estamos en la cama. De E. Blair».[63]

Como vemos, con apenas ocho años Eric aprendió la lengua de Esopo, porque sabía que sus cartas serían leídas por adultos antes de ser enviadas. De la carta se desprende que lo único bueno de la escuela es la mañana, en la cama, antes del comienzo de la jornada escolar. Todo lo demás está descrito en términos demasiado generales. Sin embargo, el censor se traicionó a sí mismo al corregir un error gramatical.

Como podemos ver, las emociones que embargaron a Eric desde sus primeros días de la estancia en St. Cyprian no fueron nada positivas. Sin embargo, lo cierto es que tanto su situación general como sus éxitos escolares eran muchísimo mejores de lo que él mismo creía entonces y describió más tarde. Por muy monótonos que fueran los años pasados en la escuela preparatoria, por pesadas que fueran las cargas y duros los castigos, incluidos los físicos, aquello no fue la «terrible pesadilla» de la que no se cansaba de hablar en su madurez. De ello dan testimonio las cartas a su madre, que pudo estudiar el primer biógrafo de Orwell, Bernard Crick, quien dijo: «En ellas no se encuentra ninguna evidencia de sufrimiento. Un niño en constante estado de terror escribiría de manera más concisa y con palabras y frases más cautelosas, no sería tan locuaz y espontáneo».[64]

No obstante, creemos que el juicio de Crick no es del todo justo, pues pasa por alto el peso de la censura. Las cartas de Eric no eran tan «desenfadadas». Por lo general, eran breves y estaban escritas en términos muy vagos. Si en ellas no aparecen «pruebas de sufrimiento» es porque ese tema estaba prohibido en la correspondencia con los familiares. Algunas de las cartas terminaban con los típicos dibujos infantiles. Por ejemplo, en una carta del 17 de marzo de 1912, destaca algo que parece un barco de guerra con la bandera británica.[65]

En cualquier caso, la escuela preparatoria proporcionó a Eric las primeras impresiones sobre el insufrible dolor físico que el fuerte inflige al débil, la humillación que se padece en el proceso, la necesidad de es-

63. George Orwell Archive, G/1.
64. Crick, B., *George Orwell: A Life*, *op. cit.*, p. 64.
65. George Orwell Archive, G/1.

www.elboomeran.com

conder los pensamientos propios bajo determinadas circunstancias y de ser cauteloso al expresar los propios juicios. También aprendió, no obstante, la capacidad para ahuyentar y superar el miedo, así como las herramientas para preservar la independencia de juicio. De una forma o de otra, en la conciencia del niño se grabaron nuevas impresiones que influyeron en la obra del escritor George Orwell y en particular en su última novela cargada de advertencias.

En la escuela, Eric se hizo amigo del ya mencionado Cyril Connolly, quien más tarde se convirtió en un famoso escritor y editor de la revista *Horizon*, donde se publicarían algunos ensayos de Orwell. Mientras tanto, Eric ganó el segundo premio en un concurso de historia, y su trabajo fue muy valorado por un «juez» externo contratado por la administración. Como consecuencia de esto, Orwell, que describió sin piedad y con trazos tan gruesos sus años en la escuela preparatoria, consiguió una beca que le permitiría ingresar en alguna de las escuelas secundarias más elitistas, es decir, en Wellington o quizá incluso en Eton.

A los ojos de los demás, Eric no parecía tan desdichado como él se describiría a sí mismo más tarde. Se conservan algunas fotografías de su paso por St. Cyprian, sobre todo en la biblioteca pública de la ciudad de Eastbourne, a poca distancia de la escuela. En una de las fotografías, donadas por los exalumnos, aparece un gran grupo de estudiantes y profesores. Eric está en la segunda fila. Tanto él como sus compañeros de clase parecen muy animados y alegres. No hay nada que indique la terrible atmósfera que describiría el Orwell posterior. En otra fotografía se pueden ver las habitaciones de la escuela, llenas de niños animados y no los pálidos y sufridos seres que Orwell describe en sus recuerdos.[66] En todo caso, la verdad sobre los primeros años escolares de Eric Blair se encuentra en algún punto intermedio ubicado entre sus recuerdos, por un lado, y los testimonios de otros estudiantes y los documentos que se han conservados, por el otro.

Por si todo ello fuera poco, Eric conoció a una chica, de cuya conversación disfrutó, si bien sólo durante las vacaciones. Se llamaba Jacintha Buddicom. Era dos años mayor que él. Se conocieron en el verano de 1914 en la localidad de Shiplake, condado de Berkshire, donde Jacintha veraneaba con sus padres y sus dos hermanos, y Eric con su madre y hermanas. La presentación fue bastante inusual. Jacintha salió al patio trasero de su casa y vio que, justo detrás de la valla, un chico de su edad estaba haciendo el pino. «¿Por qué haces eso?», preguntó ella. «¡Porque se puede ver mu-

66. Wadhams, S. (ed.), *Remembering Orwell*, *op. cit.*, p. 11.

www.elboomeran.com

cho más cabeza abajo!», le respondió él.[67] En realidad, al ver a la chica que había llamado su atención, Eric se inventó aquel truco para conocerla.

Jacintha Buddicom y Eric comenzaron a conocerse, a discutir sobre poesía e incluso a hacer planes para el futuro. Muchos años después, Jacintha, que se convirtió en poeta y artista, recordaría que Eric compartió con ella su sueño de que algún día escribiría una novela que recordaría las fantasías de H. G. Wells. Jacintha escribió de él que se trataba de un chico reservado y algo tímido, pero que no se sentía infeliz, como se infiere de la imagen que más tarde Orwell trataría de crear de su infancia.[68] Tanto las vacaciones como la interacción con su nueva amiga contribuyeron a que Orwell tuviera un estado de ánimo más optimista acerca de su futuro.

Jacintha y Eric se contaban «historias de miedo» sobre espíritus, lo mismo buenos que malos, sobre cómo hablar con ellos, cómo distinguir espíritus de personas, etcétera. Una vez, Eric explicó a Jacintha que, según sus cálculos, al menos la mitad de la población de su pueblo eran espíritus. «No puedes distinguirlos de las personas porque se mueven de la misma manera», aseguró a su amiga. Las imágenes que se formaban en su mente eran generalmente aterradoras o, al menos, negativas. Este estilo de pensamiento persistió más tarde. Los conocidos de Eric Blair a menudo notaban algo sádico en él. Cuando jugaban al escondite por las noches, Eric provocaba a Jacintha: «No puedes estar segura de que soy yo. Está completamente oscuro en esta esquina, y puede que no sea yo sino alguna sombra».[69]

Resulta innegable que en la relación de ambos hubo cierto enamoramiento desde el principio, pero la mayor parte del tiempo los niños simplemente disfrutaban de pasear y jugar juntos. Prosper, el hermano de Jacintha, que era un año menor que Eric, también participaba. Jacintha recordaba al padre de Eric, Richard, como un caballero viejo y severo que nunca sonreía ni le dirigía la palabra. En cambio, se refería a la madre de Eric como una mujer «animada y espiritual».[70] Teniendo en cuenta que la familia Buddicom estaba socialmente un poco por encima de los Blair, los padres de Eric no se opusieron a esta amistad, que duró varios años hasta que Jacintha y Eric crecieron.

67. En esos precisos términos lo cuenta Orwell en una carta a Connolly fechada el 8 de julio de 1938, en Orwell, G., *The Collected Essays, Journalism and Letters*, *op. cit.*, vol. 1, p. 343.

68. Buddicom, J., *Eric and Us: A Reminiscence of George Orwell*, Frewin, Reino Unido, 1974, p. 30.

69. Ibídem, p. 32.

70. Ibídem, p. 13.